

El pentagrama arrugado

por Luisa Ventura

Los grandes que fueron chiquitos

Las infancias de Mozart y Beethoven

La niñez es aquel momento de la vida en que no tenemos derecho a nada que nos gusta y un sinfín de obligaciones de las que no tuvimos conocimiento antes de nacer, porque si no, hubiera costado mucho más de lo que costó, sacarnos al mundo. Sin embargo, tener una infancia feliz parece ser el requisito para ser un adulto saludable, aunque hay gente que habiendo sido niños infelices son personas excelentes hoy. Yo misma tuve una infancia triste, pero eso no tiene nada que ver con mi colección de orejas.

Dos genios de la música, Mozart y Beethoven tuvieron infancias dignas de ser mencionadas, pues ambos nacieron en familias que vivían de la música y ambos tuvieron a su padre como primer maestro.

Mozart era hijo de Leopoldo Mozart, un compositor que a su vez era hijo de artesanos. Este padre enseñó a Mozart a componer y fue quien, sorprendido, vio que el pequeño Wolfgang con sólo tres años, ya buscaba tocar en el clave, el dulce sonido de las terceras. Pocas lecciones llevaron a que no sólo ejecutara el clave, sino que improvisara pequeñas melodías que el papá anotaba atentamente. A los seis años de edad partió en su primera gira, en compañía de su padre, para asombrar al mundo y lograr éxito y reconocimiento.

Mientras esto pasaba, un mediocre tenor de la corte, borracho, miraba celosamente la fortuna de Leopoldo Mozart y es probable que haya dicho "Ojalá tuviera un hijo con ese talento para hacerme rico". Un tiempo después nació Ludwig Van Beethoven. Cuando su padre vio que tenía talento musical, comenzó a estimularle para hacer de él un prodigio. Sin embargo, no se trataba de un estímulo muy psicológico que digamos. Lo golpeaba furiosamente, cosa a la que se atribuye la posterior sordera de Beethoven, y obligaba al niño a permanecer horas tocando el clave. Dicen que cesaba cuando las uñas del pequeño comenzaban a sangrar.

El pequeño Beethoven, como Mozart, también fue de gira, pero sin ningún éxito. El borracho furioso solo golpeaba y golpeaba.

El padre quería hacer del pequeño Ludwig, un Mozart, y amasar esa fortuna que tanto ansiaba. Fue padre del mayor compositor de la historia y a los golpes lo dejó sordo. Nos llena de vengativa alegría saber que este padre miserable no se enteró jamás del talento del hijo que había engendrado, y añado recordando mi propia infancia, que ojalá se lo haya llevado el viejo de la bolsa.

Siendo ya un joven, Beethoven quiso conocer a Mozart. Ya mayor, lo recibió y dicen que sin saber lo que Beethoven había padecido por causa de imitarlo, dijo: "Escuchen a este joven. No le pierdan de vista, que alguna vez hará ruido en el mundo".

Definitivamente hizo ruido, un ruido maravilloso.

Hagámosle caso al querido Wolfgang y escuchemos a este joven maltratado. ¿Puedo hacer una recomendación? La sonata Patética. Lo siguiente que digo es para después que la escuche: ...¡de nada!